

nado y amargo, pero recio y dulce, lleno de sueño y de esperanza. De ahí la verdad de sangre, el olor a tierra, el crujido de cuanto se abrasa en amor y en odio, a lo largo de estas páginas, de este cristal, de esta vena herida y malherida palpitando al aire transido de nostalgia.» Cuarenta años más tarde, Manuel Andújar escribe con motivo de la reciente edición española: ¡Si al menos sirvieran, en la versión aquí propuesta y en otras, de instructiva memoria, de acicate renovador, de causa limpiamente integradora!»

Andújar sitúa el comienzo de su libro en agosto de 1932, coincidiendo con la fecha que él llega, procedente de su tierra andaluza, a estudiar a Madrid. En seguida habla el autor de la República que «iba dando tumbos, haciendo agua». «Sus enemigos —añade— actuaban a plena luz, en tanto que sus partidarios tenían que vendarse la desilusión por la obra no realizada de cada día.»

Cristal herido quiere ser la novela de la República, desde el fallido golpe del general Sanjurjo hasta el estallido bélico de 1936. Novela de un decepcionado de la República que pone en boca de uno de sus personajes: «¡Cómo me río de aquella ingenuidad, ruidosa y milagrera, del catorce de abril! Se nos antojaba, entonces, que disponíamos de una palanca todopoderosa para cambiar con suavidad de bálsamo la suerte de España.»

Andújar vio ir a pique sus esperanzas el día que las derechas ganaron las elecciones: «Las derechas han triunfado —comenta en su libro—, en parte por la estrenada ley electoral y adyacentes zarandajas. Las magras consecuciones de la República están al paio y, una vez más, en el curso de un siglo, se malogra la revolución democrática, decapitada antes de nacer.»

Al referirse a los comienzos de 1934, el panorama que el autor nos ofrece es estremecedor: «Un vasto rumor de huelgas y balas, una árida tolvana de odio, la desesperación que se exhalaba de los campos, la rabia que predominaba en fábricas y talleres, en los tajos y en las minas. Y volvíamos a meditar en la honda desilusión que sufríamos.»

Una triste historia

El protagonista del libro que comentamos tiene mucho de autobiográfico. Es la historia del ser que sufre la desilusión y la decepción, y al mismo tiempo, lucha por no caer en el abandono y en la apatía total. «Le repugna como nunca volver a sus cuatro paredes — escribe Andújar—, ni chispa de humor tiene para ir al partido. En ambos predominan bullicio y convencionalismo. También le desagradan los ritos de los noctámbulos. Se dedica a rehuir los cafés concurridos y entra de mal talante en los bares módicos para tomar un bocadillo, beber una cerveza, “hacer tiempo”»

«“Hacer tiempo” —dice entonces— es nuestra misión constante, activa. Significa preparar lo que de nosotros debe subsistir: la entrevista, el acento, el individualísimo dolor. “Hacer tiempo” es no compadecer el tiempo. Que los días sean creación directa y espontánea, algo que de nosotros mismos nazca, con un signo y clave propios, con verdad y sentimiento reversibles. No ese conformismo torpe, no el tolerar que la edad en fermentación nos rastrille.» Un interrogante late siempre en las cuatrocientas páginas de la novela: «España, en la ilusión fallida de la República, ¿iba a perecer?» La desconfianza es nota dominante, que se agudiza a medida que se avanza en la lectura: «Te envió ésta — escribe un joven re-

publicano— con un conocido porque no me fío ni un pelo de la discreción oficial y creo menos aún en la inviolabilidad de la correspondencia, que nuestra inmarcesible Constitución nos garantiza, como todo, de boquilla. Pudiera suceder que estas líneas, sin otro valor que el de pretender tasladarte unas impresiones, ascendieran, bajo las antiparras de un polizonte hasta transmutarse en una terrorífica clave de conspiración.»

Los jóvenes personajes de la novela de Andújar manifiestan la necesidad de cortar por lo sano: «De don Niceto a don José María, de los blasquistas al vate Pemán, que plausiblemente derivárase de pelmazo, se extiende una seráfica afinidad. Y habrá que cortarla por lo sano, si no queremos amanecer con un gorro frigio que condense báculo, tricornio y chanchullo.»

Cristal herido es una triste historia, contada con gancho y buen ritmo, por alguien que, sin lugar a dudas, la vivió y la sufrió.

Manuel Andújar, nacido en La Carolina (Jaén) en 1913, vivió en Madrid el período inicial de la Segunda República y como funcionario administrativo residió, después, desde fines de 1935, en Barcelona.

Finalizada la guerra civil española, y después de estar internado algún tiempo en el campo de concentración de Saint Cyprien, marcha a México. Allí reside hasta 1967, y en esos años escribe y lleva la promoción del Fondo de Cultura Económica. De nuevo en España, pasó a desempeñar igual tarea en Alianza Editorial. Desde que se jubiló en 1979, reside en San Lorenzo de El Escorial, donde continúa sus actividades literarias y culturales.

El mar de fondo que se deja notar en la obra literaria de Manuel Andújar es la preocupación por los avatares de España en el presente siglo, sobre todo, los antecedentes significativos de la guerra civil, y la misma guerra civil y sus secuelas: sociales, morales, y psicológicas.—ISABEL DE ARMAS. *Juan Bravo*, 32. 28006 MADRID.

Libros hispanoamericanos

Panorama de la literatura nicaragüense¹

Jorge Eduardo Arellano, nacido en 1946, acometió en 1966 la importante misión de redactar la primera historia de la literatura nicaragüense, guiado por la convicción de que Nicaragua, que presenta un fenómeno literario rico, dinámico e interesante, necesitaba un texto que lo estudiase. Antes se habían escrito, según reconoce el autor de este libro, varios ensayos dispersos sobre el tema, pero «todos breves y superficiales; por lo tanto —apostilla— la necesidad de intentar algo serio y distinto era impostergable».

¹ JORGE EDUARDO ARELLANO. Edit. Nueva Nicaragua. Managua.

Nació así este estudio literario, que va por su cuarta edición, revisada y aumentada. Arellano se ocupa brevemente en 188 páginas de todos los escritores nicaragüenses, desde los autores de la Colonia hasta los de las últimas décadas. Entre aquellos primitivos escritores de Nueva Segovia, reseña el primer libro publicado en el país en 1676, por el franciscano Fernando Espino, titulado *Relación verdadera de la reducción de los indios infieles de la provincia de Taguzgalpa*.

Tras la reseña de diversos libros de sacerdotes españoles, pasa Arellano a analizar la «generación de la independencia», con nombres como Huerta y Caso, Francisco Ayerdi, primer rector de la Universidad; Quiñones Sunsn, el primer nicaragüense que publicó (1826) un libro de verbos «imitando las formas neoclásicas españolas en boga desde el siglo XVIII»...

Soslaya intencionadamente Arellano el estudio de la obra de Rubén Darío, pero nos habla de sus coetáneos, como Dolores García Robledo, Felipe Ibarra, maestro de primeras letras de Darío; Manuel Maldonado y otros.

Nos conduce así Arellano por la historia de la literatura nicaragüense hasta llegar a los «Movimientos de vanguardia», la «Generación del 40» y las últimas décadas. En la «Generación del 40» enmarca el autor a Ernesto Cardenal, actual ministro de Cultura en Nicaragua, y sin duda el más trascendente de los poetas nacionales, creador de un nuevo lenguaje poético.

En esta breve glosa del libro nos detendremos, por considerarla, en las que brillan figuras literarias de valía como, aparte de los ya citados, José Coronel Urtecho, iniciador del llamado «movimiento de vanguardia», y sus coetáneos Joaquín Zavala, Octavio Rocha, Pablo Antonio Cuadra. Luis Downing y Joaquín Pasos, quienes intentaron practicar, según propia confesión, «una literatura autóctona, de sabor nicaragüense».

En torno a la revista *Semana*, primero y después en *Criterio*, estos poetas vanguardistas darían a conocer sus obras más destacadas, así como sus opiniones, polémicas e inquietudes. Los jóvenes intelectuales nicaragüenses se plantean, por ejemplo, preguntas tales como: «¿Cuáles son las ideas que predominarán en el porvenir?» «¿Qué es lo aprovechable de nuestro pasado antes y después de la independencia?».

Como todo movimiento de vanguardia aquellos nicaragüenses se afanaban en la búsqueda de un orden literario nuevo. Y así nació la «Anti-Academia de la Lengua», en oposición a la «Real Academia». Los vanguardistas anuncian entonces la ruptura con «la mal llamada literatura nacional» y el nacimiento de una literatura vernácula «verdaderamente libre, personal y juvenil», que acabe con el espíritu «formalista y estéril representado por la Academia de la Lengua».

Pretenden también los jóvenes vanguardistas llevar a cabo un renacimiento artístico que abarque todas las manifestaciones del arte. La «Anti-Academia» tuvo también su tribuna en el diario granadino *El Correo*, donde los vanguardistas nicaragüenses dieron a conocer a Manuel Altolaguirre, José Bergamín, Pedro Salinas, Antonio Espina, Ramón Gómez de la Serna, Domenchina, Lorca, Alberti, Guillén y otros poetas y escritores españoles.

Este «movimiento de vanguardia» fue decisivo para la literatura nicaragüense, tanto que su significado actual se basa en la labor de aquellos primeros poetas «rebeldes», encabezados por José Coronel Urtecho y Pablo Antonio Cuadra. El «movimiento» surgió, entre otras cosas, para valorar al escritor nicaragüense y reconocer la importancia de su misión.